

Sociología y política en la conformación de un itinerario intelectual. Entrevista a Torcuato S. Di Tella¹

Antonio Camou, Mauricio Chama y María Cristina Tortti

Torcuato Salvador Di Tella nació en Buenos Aires el 29 de diciembre de 1929. Hijo mayor de uno de los más poderosos industriales argentinos, el mandato familiar lo indujo a estudiar ingeniería, como paso previo a ponerse al frente de las empresas SIAM, pero fue ganado por el estudio de la sociedad y la política hasta convertirse en uno de los más destacados intelectuales del país. Graduado como ingeniero industrial en la Universidad de Buenos Aires (1951), obtiene dos años después el Master of Arts en Sociología en la Universidad de Columbia (New York), donde entre otros maestros sigue los cursos de Seymour Martin Lipset, y posteriormente inicia un doctorado en la London School of Economics, aunque, como él mismo se encarga de resaltar, aprendió más en su participación en la vida cultural y política de esas ciudades que en las aulas. Luego de una experiencia de trabajo en Chile, donde realizó una investigación sobre los sindicatos del carbón y el acero en coautoría con Alain Touraine, regresó a Buenos Aires, para integrarse al Departamento de Sociología de la UBA, colaborando estrechamente con Gino Germani. Entre sus numerosas obras podemos destacar *Sociología de los procesos políticos* (1985), *Historia de los partidos políticos en América Latina, siglo XX* (1993), *Política nacional y popular en México, 1820-1847* (1994), *Historia social de la Argentina contemporánea* (1998), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva* (2003), un *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas* (organizado en colaboración con Hugo Chumbita, Susana Gamba y Paz Fajardo, reeditado en

¹ Entrevista realizada en Buenos Aires, el 19 de noviembre y el 1 de diciembre de 2009, por Antonio Camou, Mauricio Chama y María Cristina Tortti.



2004), y una compilación en cuatro tomos, el *Repertorio político latinoamericano* (2007). Ha sido profesor visitante en diversas universidades extranjeras, entre las que cabe mencionar las de Londres, Oxford, París, Columbia, California, Texas y Kobe (Japón). En 1986 recibió el Premio Konex de Platino por su aporte a la Sociología. Afiliado histórico al Partido Socialista y partícipe de diversas experiencias políticas a lo largo de su vida, tuvo un fugaz paso por la función pública como secretario de Cultura de la Nación durante la primera parte del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2004).

P: La primera pregunta es muy elemental, pero nos gustaría que se ubique en el cuadro familiar de los Di Tella...

R: Mi padre había empezado en 1910, a los 18 años de edad, con una empresa chica productora de amasadoras mecánicas, y luego comenzó a fabricar surtidores de nafta, muy vinculado con YPF, con Mosconi. Ya a fin de los años veinte era un empresario muy fuerte, pero a comienzos de los treinta estuvo a punto de fundirse, porque perdió el contacto político que tenía. Luego se recuperó con las heladeras, y le fue muy bien con la protección automática debida a la Segunda Guerra Mundial. Él venía de una familia bastante modesta de un pequeño pueblito del sur de Italia, aunque eran algo así como “cabeza de ratón”. En 1915, mi padre que entonces tenía 23 años, volvió a Italia como voluntario en la guerra. Por entonces, desarrolló ideas socialistas y garibaldinas, y apoyó mucho a Filippo Turati, jefe del ala reformista del Partido Socialista Italiano, muy enfrentado al Partido Comunista. Mi padre tuvo una larga correspondencia con Turati, exiliado en Francia, a quien financió fuertemente durante los años '20. También apoyó al grupo de los hermanos Roselli, que se llamaba “Socialismo y Libertad” y al Partido de Acción, una fracción socialista moderada. Mi padre era ateo, y mi madre católica *risorgimentale*, es decir, no se tomaba muy en serio las cosas que decían los curas, pero iba a misa, nos llevaba, hicimos la primera comunión, y yo después a los quince años de edad tuve una especie de fervor religioso, tipo cristianismo primitivo, muy influido por Miguel de Unamuno. Leía la Biblia, me creía todo lo que decía ahí, que Jesucristo era un revolucionario, y todo eso. Por otra parte, a mi casa venían muchos exiliados italianos, liberales, socialistas, intelectuales. Mi padre pensaba, enojado, que todos los italianos, sobre todo los empresarios, eran fascistas, cosa que no es cierta. Sin embargo, para ellos Mussolini era el jefe de su país, y como tal lo

respetaban. Por eso cuando la oposición lo acusaba a Perón de fascista, a muchas familias italianas y españolas no les parecía algo tan malo.

P: Nos queda una intriga: ¿cómo combinaba ese ataque místico con el ambiente socialista?

R: Bueno, era justamente mi rebelión, no contra el socialismo, sino contra el materialismo empresarial de mi padre, y tomó la forma de un socialismo cristiano, aunque nunca me acerqué a la democracia cristiana, yo en todo caso era socialista cristiano, tipo laborismo, y nunca tuve simpatía por la Unión Soviética, porque la veía como algo parecido al nazismo. Yo conocía a la gente del Partido Socialista, Juan Antonio Solari venía a casa, había una relación con Enrique Dickman, el que años después apoyó al peronismo.

P: ¿Usted tuvo que ver con los orígenes del “Humanismo” cuando era estudiante de Ingeniería?

R: Sí, cuando estaba en el último año de Ingeniería, y yo seguía con la preocupación religiosa, de izquierda pero religiosa, me metí con Ludovico Ivanisevich, que era amigo mío en la Facultad. También participaba mi hermano Guido. En esa época el “Humanismo” era una cosa nueva, que se puede interpretar como más o menos “progre”.

P: ¿Recuerda a otras personas que hayan participado?

R: Estaba Gabriel Mayor...

P: ¿Guillermo O’Donnell era uno de ellos?

R: Sí, el “Humanismo” se formó en el año ’51, yo a él no lo conocía, pero sí sé que estuvo más tarde. El “Humanismo” tenía un sector más conservador, los que estaban más con la orientación católica.

P: ¿Más vinculados con la Iglesia?

R: Sí, por el aspecto religioso es el caso de gente como Ludovico Ivanisevich, y por la derecha de raíz nacionalista, de O’Donnell. Pero no todos eran

así. Yo terminé Ingeniería por una especie de terrorismo moral familiar, pero seguía mi orientación religiosa *unamuniana*, y leía a Emmanuel Mounier y Jacques Maritain, a quien una vez entrevisté en Estados Unidos. Mi reacción religiosa era contra la empresa. No fue contra el socialismo de mi padre, que para mí era un aspecto más bien periférico de su imagen. De chicos nos llevaba a la fábrica para que viéramos cómo era y a mí no me gustaba para nada.

P: ¿Ya de chicos sentían que tenían un destino marcado? ¿Eran usted y su hermano Guido?

R: Sí, Guido, que era menor que yo. Los dos seguimos Ingeniería, lo que me hacían era terrorismo moral: “si no lo hacés, Papá va a estar muy triste” Y cuando finalmente, teniendo yo dieciocho años, le dije después de mucho pensarlo que no quería seguir Ingeniería ni trabajar en la empresa, le dio un soponcio y poco después se murió.

P: Usted se recibió de ingeniero en el '51 y en febrero del '52 ya estaba en Estados Unidos para hacer un Master en Sociología ¿de donde nació esa vocación (ya sabemos que no le gustaba la Ingeniería)?, ¿por qué le interesó hacer Sociología?

R: Era una forma de entender cómo hacer justicia social. Tanto Guido como yo fuimos sobreeducados. Un poco antes de que terminara la guerra mi padre compró una importante colección de cuadros, y una gran biblioteca. Yo empecé a leer esos libros, y desde entonces no hago otra cosa. Me metí en Sociología, primero en una maestría en la Universidad de Columbia, en Nueva York.

P: ¿Durante su Maestría en Columbia qué profesores y qué corrientes lo influyeron especialmente?

R: Un profesor que tuve, que era mi *adviser*, era Seymour Martin Lipset, que en ese momento era joven. Había empezado como trotskista, después se hizo socialdemócrata. En ese tiempo estaba haciendo una investigación muy interesante sobre tipógrafos en Nueva York. Yo me inspiré mucho en ese trabajo cuando hice una investigación en Chile. Lipset me preguntó, en la primera

entrevista, qué quería yo hacer, y le dije que quería entender qué era el peronismo. Él me preguntó entonces si yo había leído *El Dieciocho Brumario*, y le contesté “¿el 18 de qué?”. Para mí Marx tenía una connotación negativa, porque era materialista y estaba en contra de la religión, y un poco ensuciado por el comunismo, pero además yo no lo había leído. Entonces lo empecé a leer anotando todo, para detectar los aspectos erróneos de sus escritos, pero cuando terminé me dije; “este tipo tiene razón”. Entonces si bien no me hice marxista, me hice “marxólogo”, seguí leyendo mucho de Marx y al mismo tiempo bastante de Freud. Los dos escribían de una forma muy simple e impactante. Marx lo hace de una forma que se entiende, salvo la primera parte de *El Capital*, que es muy enrevesada, en cambio los franco-marxistas no se entiende qué diablos están diciendo. Y a los psicoanalistas hoy tampoco se les entiende qué dicen, pero Freud escribía de forma fantástica, decía de manera muy simple cosas muy complejas. El otro que escribía fantástico, que leí después, es Darwin. Yo no era un muy buen estudiante, leía mucho lo que me interesaba, y no me quedaba tiempo para las lecturas obligatorias. Pero además participé mucho en actividades políticas. Enseguida me vinculé con Robert Alexander, profesor de la vecina Universidad de Rutgers, que era muy antiperonista, socialdemócrata, pro aprista, pro *Acción Democrática*, y estaba muy vinculado también con una entidad que se llamaba *Interamerican Association for Democracy and Freedom*, que apoyaba mucho a Haya de la Torre. También iba al seminario de Frank Tanenbaum, un yanqui que estudió mucho la revolución mexicana, que siempre invitaba a gente conocida de América Latina. Yo perdía mucho tiempo en estas reuniones, y también me vinculé con la Juventud Socialista, que estaba un poco por fuera del partido. Había otros grupos de educación obrera, y yo andaba todo el tiempo con ellos. El otro profesor que tuve, maestro de Lipset, era Robert Lynd, que escribió *Middletown*. Otro con el que tomé clases era nada menos que Marcuse, que estaba como profesor visitante. Era muy marxista, renovador, tiene un libro sobre Hegel, *Razón y Revolución*, que no se entiende casi nada de lo que dice. Pero sus clases eran fantásticas, me influyeron mucho, aunque más tarde no fui de los entusiastas del Mayo francés de 1968.

P: Los *frankfurtianos* ya estaban en Nueva York en ese momento...

R: Andaban en los Estados Unidos pero no en Columbia sino en la New School for Social Research. Y otro que no era *frankfurtiano*, pero que estaba

en Columbia, era Paul Lazarsfeld, muy orientado hacia la formalización teórica y las matemáticas. También estaba Robert Merton, todos ellos eran *liberals* yanquis. Y el otro con el que tomé clases era Daniel Bell, que había sido trotskista y que en esa época no hablaba todavía del fin de las ideologías. A él le interesaban los pensadores italianos elitistas, como Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto, y una vez me pidió si yo podía hacer una traducción de un texto de Mosca. Pero con el único que tuve una relación permanente hasta su muerte fue con Lipset.

P: ¿Y cuál fue su conclusión respecto del peronismo, que era su preocupación inicial?

R: Tomé lo del “bonapartismo”, que en esa época era una cosa fea para mí, porque uno leyendo a Marx no simpatiza con Luis Bonaparte, y si Perón era algo de eso, peor aún, porque para mí Perón era fascista. Porque Perón, lamentado decirlo, aunque formalmente constitucional, no respetaba las libertades públicas. Los peronistas se enojan mucho cuando yo digo esto, pero es lo que pienso. Yo en esa época era muy antiperonista, antifascista, anti esos dictadores que protegieron a Perón, como Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Rafael L. Trujillo en Dominicana y luego nada menos que Francisco Franco.

P: ¿Su tesis de maestría era sobre el peronismo?

R: No, era sobre educación obrera.

P: ¿Estamos en el año '52, '53 aproximadamente?

R: Sí, esto terminó a fines del '53. Y entonces ahí la conocí a mi primera esposa, una hindú, Kamala, con K—no confundir con Tamara— que estaba vinculada con el Partido Socialista de la India y tenía una beca en Estados Unidos. Entonces, cuando terminé la maestría decidimos conocer algunas experiencias socialistas, y fuimos a Suecia, después a Yugoslavia; yo quería conocer, como buen empresario, lo de la “autogestión obrera”, porque yo quiero (bueno, quería...) que las empresas fueran propiedad del Estado y manejadas por los trabajadores. La autogestión era mucho cuento, por el

tema del partido único dictatorial, pero igual era interesante lo que ocurría en Yugoslavia como salida del estalinismo. Y después nos fuimos a Israel, que siempre me interesó, porque pensaba, y en eso sigo pensando, que el modelo socialista ideal es el kibbutz², ahí somos todos iguales, no hay división jerárquica del trabajo, que es la utopía de Marx. En Israel estábamos invitados por el Partido Laborista de allá (Mapai), yendo a los kibbutzim de un lado al otro, a los moshavims³ también. Y en cierto momento digo “me gustaría quedarme unos días más para ver cómo es la vida en el kibbutz”, entonces me dicen “bueno pero tenés que trabajar”, y yo entusiasmado. Pero a la mañana siguiente (era agosto) me ponen con un grupo de diez personas en una plantación de zanahorias, a sacar hierbas a mano. A la tarde me pasaron a recoger naranjas y al día siguiente me ponen en un tractor. Al tercer día ya no me acuerdo qué me hicieron hacer y después del tercer día me dije “esto no es para mí, yo me quiero dedicar a la especulación”, especulación científica por supuesto, la otra es para vivir. Yo siempre digo que sólo trabajé tres días, pero ésos fueron tres días de trabajo en serio. Porque lo que hago ahora, enseñar sociología, lo lamento por ustedes, pero no es un trabajo..

P: ¿Y después del periplo por Suecia, Yugoslavia e Israel, regresó a la Argentina?

R: Sí, por un tiempo, aunque pensaba en irme a vivir a la India con mi mujer... Finalmente, me decidí a seguir estudiando Sociología y a empezar un doctorado en Inglaterra, en la London School of Economics, que nunca terminé. Cuando llegamos a Inglaterra en octubre o noviembre del '55, acabada de estallar la “Revolución Libertadora”. Yo tenía amigos en la Sociedad Fabiana, que me invitaron a dar una charla sobre el peronismo (yo tenía 25 años). Expliqué cómo veía a la Argentina, y dije que yo apoyaba los cambios porque el anterior gobierno había sido dictatorial, y que como cosa temporaria, estaba bien que algunos socialistas, como José Luis Romero –que era Interventor en la Universidad– o gente progre o de izquierda, como Gino

2 Del hebreo “agrupación”: tipo de comuna agrícola definida por una serie de postulados igualitarios, entre los que se destacan: propiedad colectiva (tanto de los medios de producción como de los servicios y demás bienes), trabajo propio, salarios igualitarios, rotación de los puestos y decisiones democráticas (N. de R.).

3 Literalmente, “establecimiento” o “aldea”, es un tipo de cooperativa agrícola (N. de R.).

Germani o Risieri Frondizi, estuvieran apoyando al régimen, críticamente o no tan críticamente. En la conferencia había mucha gente, como sesenta personas, entre ellos un periodista inglés, que trabajaba en el *Economist*, y que me dijo “usted se equivoca, porque los socialistas en los países del Tercer Mundo tienen que apoyar a los movimientos nacionalistas populares, aunque éstos sean dictatoriales, como el de Nasser”. Pero yo le contesté que la Argentina no era parte del Tercer Mundo, que tenía una tradición liberal y democrática, floja, pero de casi cincuenta años, que en cambio Egipto nunca tuvo. Este laborista inglés fue la primera voz socialista que escuché diciendo que había que apoyar al peronismo, y fue en la Sociedad Fabiana de Londres.

P: ¿De los profesores que tuvo en la London recuerda a alguno en particular?

R: No, los profesores no eran muy buenos, había uno que era demógrafo, bastante de izquierda, David Glass; otro, un tal Ginzburg, que era un liberal interesante, pero en general los profesores que tuve no me impactaron mucho. Mi formación intelectual en Inglaterra no fue en la universidad sino en el Partido Laborista, en la Sociedad Fabiana, en los sindicatos a los que iba a explicar dónde quedaba la Argentina y qué malo era el peronismo.

P: ¿Usted dice que su formación intelectual más bien la moldeó en esos circuitos políticos londinense que en los estudios de postgrado?

R: Sí, aunque mi formación básica fue en la tradición familiar y de todos esos italianos que venían y expresaban un socialismo liberal, democrático y claramente antiperonista y anticomunista. Después de eso yo mantengo el antiestalinismo pero no el antipartidos comunistas.

P: ¿Usted entonces en qué año vuelve aquí?

R: Yo había estado dos años en Inglaterra, hacia el fin de esos dos años vino un sociólogo chileno, Eduardo Hamuy, que me ofreció un puesto de investigador con un sueldo potable. Yo acepté en parte para escapar a la influencia de mi familia y porque siempre me interesó conocer América Latina, si fuera posible viviendo en algunos de sus países.

P: ¿Es a través de este sociólogo chileno que se vincula con Alain Touraine?

R: Sólo indirectamente. Touraine había estado en Chile dirigiendo un grupo de franceses que estudiaban dos sindicatos: uno en la siderúrgica de Huachipato, en la ciudad de Concepción, y otro en la mina de carbón de Lota, que está a 20 km. El trabajo incluía la realización de unas quinientas entrevistas. Yo trabajé mucho en el procesamiento y análisis de esos datos, y redacté el informe final. En esa época, cada tanto venía Germani y me decía “pero Torcuato, déjese de joder con este trabajo y vuelva a la Argentina”.

P: ¿Se encontraba con Germani o con Touraine?

R: Con Germani; en esa época no me conocía personalmente con Touraine, después sí nos hicimos muy buenos amigos. Yo lo conocí a Germani cuando volví de Inglaterra, había leído unas cosas de él, entonces hablamos, y él me dijo que yo debería quedarme en la Argentina. A Chile habrá ido unas dos o tres veces, y me insistía que volviera, pero yo quería terminar la investigación allá; me gustaba estar en Chile, porque además yo tenía vinculación con la actividad política, con la gente del Partido Socialista Popular, el principal grupo socialista, que había dado apoyo a Carlos Ibáñez, el dictador fascizante del '27 al '31, cuando volvió en elecciones libres en 1952, como “el Perón chileno”. Yo iba mucho a reuniones con estas personas, en las que también estaba Antonio García, líder de un minúsculo partidito socialista colombiano que colaboró con el general Gustavo Rojas Pinilla, y que escribió mucho sobre el antiimperialismo. Él decía que lo que había que hacer en el Tercer Mundo era apoyar a los líderes nacionalistas populares, dictatoriales o no, lo mismo que me habían dicho en la Sociedad Fabiana. Y también iba Clodomiro Almeida, que tenía la misma teoría, porque “¿qué es la democracia? Estados Unidos no son realmente democráticos, la Unión Soviética tampoco, pero al menos era socialista”. El modelo era Tito. Y en parte, también Perón.

P: ¿El peronismo ya estaba fuera del gobierno?

R.: Sí, estoy hablando del año '57/58, ya caído el peronismo, y todavía no estaba Arturo Frondizi en el gobierno. Yo volví a Buenos Aires a fines del '58.

No simpatizaba con Frondizi, pero creía que tampoco estaba tan mal. Ni pensar en ese momento en un retorno de Perón. En Chile Ibáñez, al volver al gobierno en 1952, tenía una apelación populista, pero cuando a los dos años se pinchó, sus aliados socialistas se quedaron con los votos, e Ibáñez fuera de circulación. Mi amigo Juan Carlos Torre dice que la vieja guardia sindical apoyó al peronismo, pero yo creo que eso no es así, aunque sí es más cierto para Chile.

P: Justamente queríamos preguntarle: ¿cuál es su discusión con Torre en este punto?

R: Yo creo que la mayor parte de la vieja guardia sindical no apoyó a Perón, algunos sí pero la mayoría no. La base sí, porque había habido un cambio social y cultural importante. Yo estoy más bien en la onda de la movilización social y de la migración interna, que no son la misma cosa, pero tienen puntos en común, y en el análisis de las bases sociales de la elite peronista.

P: En esos años usted también comenzó a colaborar con Gino Germani en la Carrera de Sociología, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Nos gustaría que nos cuente cuál fue el alcance de dicha colaboración en esa carrera que se estaba creando.

R: Cuando yo lo conocí a Germani, en su viaje a Chile, en el año '57, ya la carrera tenía un año o dos, empecé a conocer a la gente, había varios amigos míos, algunos que ya conocía de antes, como Miguel Murmis, Lito Marín, Jorge Graciarena, también su esposa Ruth Sautú, Perla Gibaja y Darío Cantón. Yo me relacioné con ellos y en Chile tuve esa experiencia política, que me impactó mucho en mi forma de pensar. Cuando volví empezaba el proceso de división del Partido Socialista. Yo estaba en contra de la división, pero me quedé en el Socialismo Argentino, posteriormente en el de Vanguardia. Escribí algunas cosas en *Sagitario*, dirigida por Carlos Sánchez Viamonte, en su tercera vida en papel de diario, y en la revista *Situación*, que era de gente del Partido Socialista de Vanguardia. Ahí escribí un artículo *Un Partido Socialista ideológico o político*, que no les gustó y al final me fui del partido cuando estaban por echarme. Me quedé en la Argentina por varios años trabajando en el Departamento. Yo quería hacer una comparación con el fenómeno sindical de Chile, estudiando el sindicato de Comercio, donde teníamos unos amigos,

pero ese proyecto no lo pude terminar, era mucho lío organizar las encuestas y yo no tenía capacidad de manejar eso. Después me dediqué a analizar la estructura social argentina por departamentos, salió un librito totalmente ignoto que fue publicado por la Universidad del Litoral que se llama *La teoría del primer impacto del desarrollo económico* (1966). Como yo había ido mucho al interior, al Noroeste con gente de Rosario que eran antropólogos, estudiando el Valle Calchaquí, estuve ahí sobre todo en el pueblo de Santa María, en Catamarca, y en Cafayate. Ahí me empecé a dar cuenta de que había mucha clase media en los pueblos, no es cierto que sólo haya pobres y la oligarquía, hay una clase media importante aunque no próspera, a la que ahora prefiero llamar micro clase media.

P: ¿Eso usted lo hacía como parte de su tarea en la carrera de Sociología?

R: En el Instituto de Sociología, yo estaba *full time* en la Carrera de Sociología, como Profesor Asociado. Ahí daba varias materias. Una era “Desarrollo económico y social”, otra era “Sociología Industrial”, que me pidió especialmente Germani que la dictara, yo la orienté por el lado del análisis del desarrollo económico y el sindicalismo. Un par de veces tuve como tarea –una especie de carga pública– enseñar Introducción a la Sociología. Había un libro armado por Germani y Graciarena, con selecciones de textos de la sociología norteamericana. Yo pensé que eso estaba bien, pero agregué dos cosas más: un par de textos marxistas para que la gente los analizara y no simplemente los creyera como la Biblia, y además unos materiales argentinos, algo de José Luis de Imaz y no sé si alguna otra cosa más. A Germani no le gustó esa incorporación marxista, porque él venía de abandonar esa teoría, que consideraba distorsionadora de la actitud científica. Me decía “Usted hace eso para quedar bien con los muchachos”. Y no, yo lo hacía para que los muchachos se avivaran y leyeran esos textos en vivo y en directo y con uno comentándolas, significándolas.

P: ¿Por los “muchachos” Germani se refería a los estudiantes, a los graduados jóvenes, profesores jóvenes?

R: Graduados no había, se refería a los estudiantes. Los profesores ya tenían formación propia, en su mayoría no tenían la perspectiva marxista.

Graciarena, sí, Lito Marín, sí. A Miguel Murmis lo mandamos a estudiar afuera. Hubo un apoyo muy grande de la Fundación Ford de 200.000 dólares, que hoy sería casi un millón, entonces lo usamos para mandar gente becada, comprar libros, contratar profesores visitantes, y financiar proyectos de investigación. Yo estaba muy metido en eso. Después, en cierto momento Germani quería retirarse y que yo lo reemplazara.

P: ¿En la Dirección de la Carrera?

R: Sí, Carrera e Instituto eran lo mismo, pero no se podía porque yo no era profesor por concurso, estoy hablando del año '61. Entonces me nombraron a mí Secretario General, y Germani quedaba como Director.

P: Pero las funciones de la dirección las desempeñaba usted...

R: Sí, pero Germani estaba en la Junta, en la que había tres representantes de profesores: Germani, Rodríguez Bustamante y Carlos Alberto Erro, un estudiante y un ayudante, porque egresados no había. Eso me hizo la vida imposible, porque Germani nunca estaba y yo no podía firmar y ahí empecé a tener una tensión con Miguel Murmis, que volvía de hacer su experiencia en los Estados Unidos, con una posición muy de izquierda, como Lito Marín, ambos eran muy amigos míos. Yo creía que a Lito Marín le faltaba un poco de formación, por eso no lo hice nombrar como Profesor sino como Ayudante de Primera, y por eso y otras cosas se pelearon conmigo, aunque quedamos amigos, pero con una relación bastante deteriorada. Con los estudiantes yo trataba de mantener buen diálogo, lo que fue creando resistencia en Germani, que me decía que no había que darles tanta bola. Según el Estatuto había que convocar una asamblea anual de todo el Departamento, "no, no conviene", yo la hice igual.

P: ¿Cuáles eran los temas de discusión: las designaciones, los programas...?

R: Las designaciones en segunda instancia. Más bien había una crítica a la orientación norteamericana, supuestamente funcionalista. El funcionalismo es una entelequia, la gente de izquierda a cualquier cosa yanqui que no sea marxista pura la llaman funcionalista. Pero por ejemplo Lipset no es nada

funcionalista. Talcott Parsons sí, por supuesto, y otros más. Para algunos es útil el funcionalismo como para Malinowsky, con su libro sobre las islas Trobriand (*Los argonautas del Pacífico Occidental*, 1922), que es muy interesante, pero hablar de funcionalismo es tan absurdo como hablar de causalismo. Uno cree hay causas, pero no va a ser por eso “causalista”. Uno puede usar la palabra función ¿pero qué función? Al final renuncié.

P: ¿En qué año fue, más o menos?

R: Yo llegué al país en el año '59 y esta designación mía fue en el '62. Fui designado Secretario General, porque no podía ser Director, era todo un despelote administrativo, además tenía que manejar toda la plata de la Fundación Ford. Ya en esa época había una agitación estudiantil, por ejemplo contra Kalman Silvert, quien decía “la palabra pueblo tiene mal olor para los sociólogos”. Lo decía para señalar la necesidad de definir mejor los conceptos, pero expresado estúpidamente, entonces se agarraban de esas cosas. A otro profesor yanqui, antropólogo, le hicieron lío, no lo dejaban hablar.

P: ¿Kalman estuvo dando clases en la Carrera, es uno de los profesores invitados?

R: Sí, uno de los profesores invitados, no sé si daba un curso completo o unas clases.

P: Cuando Germani le comenta a usted que se quiere ir y piensa en usted para sucederlo, recuerda por qué se quiere ir, por qué quiere abandonar la Dirección?

R: Porque está cansado, le hincha, le molesta, además era una persona muy malhumorada, era una expresión de confianza en mí, yo no estaba muy contento en agarrar ese puesto pero lo acepté, al fin y al cabo era un honor.

P: ¿Y Germani se quedó dando clases en la Carrera?

R: Sí, tenía un curso de Sociología Sistemática, que de todos modos en su momento lo delegó en la dupla Murmis y Verón, que eran la oposición a

Germani. Verón tenía una formación francesa, con mucho Lévi-Strauss, y dieron un curso muy bien hecho. Dejaron muchos de los materiales de Germani y pusieron otros, pero muy bien. Germani un poco molesto me decía “¿por qué no lo agarró usted ese curso?”, porque entonces iría a hacer un curso más germaniano.

P: ¿Él se queda como profesor y como investigador?

R: Sí, él inicia la encuesta sobre el Gran Buenos Aires, una cosa muy buena, trabajaba mucha gente en eso, financiada por la Ford. Yo estaba buscando un poco orientación, habiendo fracasado en mi trabajo del sindicato de Comercio, trabajando en la temática latinoamericana, de manera comparativa, estudiando mucho y leyendo lo poco que había acá y viajando bastante.

P: ¿Y en la Secretaría se quedó hasta cuándo?

R: Me quedé todo el año '62 y pocos meses del '63.

P: ¿Pero formalmente nunca tuvo el cargo de Director, fue Secretario y el Director seguía siendo Germani?

R: Sí. Había también un Secretario Académico que ahora no recuerdo el nombre, un muchacho que después murió, y yo contraté a una ingeniera, Ornella Tedeschi. Había tantos inconvenientes y líos que renuncié a la Secretaría. Como mi designación era temporaria y no era Director yo no podía hacer mi política, porque el Director era Germani y decía “yo no puedo estar firmando estas cosas”. La verdad es que no me acuerdo bien cómo fue, recuerdo que hubo una crisis, en parte debido al hecho de que yo no tenía el nombramiento de profesor regular, entonces me retiré y dije “yo me voy hasta que me designen profesor por concurso, si quieren designarme”. Tardó un año y algo que me designaran como profesor asociado.

P: ¿Usted ganó el concurso de Asociado en qué cátedra, o se concursaba sólo el cargo?

R: El cargo. Entonces yo seguí dando cursos, y ya estamos en el '65 aproximadamente.

P: En paralelo con el desarrollo de la Carrera también se crea el Instituto Di Tella. ¿Cómo pensaba el vínculo entre uno y otro?

R: El Instituto Di Tella se creó en el año '58, pero fue una iniciativa de Guido, yo me plegué pero siempre con algo de oveja negra de la familia, yo no me metía para nada. Empezó habiendo un Centro de Economía y después de un tiempo, ya hacia el año '65, se creó el Centro de Sociología, con Gino Germani. Ya se veía venir que iba a haber una dictadura y era conveniente preparar un salvavidas.

P: ¿Él deja la Carrera y se pasa al Instituto Di Tella?

R: No, hace las dos cosas. Era profesor de la Facultad y Director del Centro de Sociología Comparada, así se llamaba, y ahí llevó a Murmis, a Verón también, quien fue Director de la *Revista Latinoamericana de Sociología*, que Germani quería que yo la dirigiera. Pero yo no quería porque ya existía *Desarrollo Económico*, que a pesar de su nombre es interdisciplinaria, y no quería debilitarla con otra publicación. En el Instituto Di Tella yo nunca me metía demasiado. Estaba como director Enrique Oteiza, que mucha bola no me daba, "porque Torcuato no puede ser investigador porque es de la familia", decía. Además había una rivalidad entre Guido y yo, porque Guido era el que no quería que yo participara mucho. Mi relación con él siempre fue muy buena, a pesar de los inevitables problemas hermanísiticos, pero el que "hacía el gasto de la relación" era yo. Con respecto a la Revista, le dije a Germani "mire, yo no creo que es bueno hacerla, pero no me voy a oponer, por otro lado, si usted quiere que yo escriba ahí, lo haré, pero no la quiero dirigir porque me parece que es inconveniente. De todos modos, yo no hago la política ni del Instituto ni de este centro". Entonces le sugerí que lo designara a Verón, que era un opositor, y por eso mismo era bueno incluirlo.

En ese entonces yo había empezado un estudio comparado de cambio social en América Latina, con un modelo matemático, formalizado, que había estado preparando junto con Oscar Cornblit, un sociólogo muy creativo, que no ha seguido la carrera académica formal pero que es muy valioso.

También trabajamos con Ezequiel Gallo, amigo mío, historiador. Bueno, entramos los tres, yo representando a la Universidad de Buenos Aires y ellos dos al Instituto Torcuato Di Tella. Entonces nos financiaron bastante bien una investigación y de ahí salió una publicación en una revista internacional y en *Desarrollo Económico*, sobre modelos de cambio social en América Latina. Yo cada vez más me ocupaba del estudio de la región. En el año '65 mi amigo chileno Claudio Véliz me invitó a ir a Inglaterra, a un seminario, a presentar una ponencia sobre el populismo, y de ahí salió un artículo, "Populismo y reforma en América Latina", en un libro colectivo, y después en varios lugares, yo mismo lo traduje al español y salió en *Desarrollo Económico*. Ése es mi análisis básico sobre populismo, y todavía estoy en eso.

P: A veces se habla de populismo y de movimiento nacional-popular, como si el populismo fuera un tipo, como si se lo distinguiera dentro de los movimientos nacional-populares...

R: No, son la misma cosa. Yo más bien los llamo movilizacionistas, es algo parecido al populismo, pero en ese trabajo mío mencionado hay toda una clasificación de los países de América Latina más desarrollados y de los menos desarrollados, porque son distintas las cosas, y yo incluyo entre los populismos al régimen cubano: hay un líder, una ideología casi religiosa, se puede creer en San Perón o San Marx, por supuesto que no es lo mismo pero se parecen en una cierta dimensión. A la gente más de izquierda no le gusta poner una cosa tan buena como Fidel Castro con otra tan mala como Vargas en la misma bolsa. No es que sean lo mismo, incluso a Vargas no lo pongo, pero sí está el varguismo de izquierda. El peronismo, claramente, es un populismo; y por supuesto el aprismo. El propio Partido Socialista chileno tenía un elemento de eso, sobre todo en los años treinta, pero sólo un elemento. No hay en estas cosas una delimitación exacta.

P: ¿Cuál sería su diferencia puntual respecto de la interpretación de Germani sobre el populismo?

R: Yo seguí mucho las ideas de Germani y él mismo leyó mis trabajos como su continuación. Él trabajaba sobre peronismo, y un poco sobre populismo, pero no conocía realmente América Latina, tenía una idea general. Yo

considero que el populismo es un movimiento basado en el apoyo popular pero sin mucha autoorganización autónoma, y entonces tiene un liderazgo tomado de las clases altas o medias, pero un liderazgo muy anti *status quo*, con ciertos ribetes de violencia, de autoritarismo y de verticalismo y exaltación de un líder. Pero no es líder el que lo genera, sino que hay una elite anti *status quo* que en la Argentina se formó con militares, clero, intelectuales nacionalistas, y ciertos industriales, aunque una minoría de ese grupo, una minoría importante. Muchos eran de derecha, pero una derecha antiderecha, sobre todo en el caso del peronismo. En otros casos como el de Haya de la Torre no es una derecha, es una clase media empobrecida que dirige a los sectores populares, organizados desde arriba, y es muy importante el verticalismo, esencial en esto. Vargas, también, pero Vargas era más conservador, aunque su Partido Trabalhista (PTB) del año '45 ése sí que es un populismo. Lo de Irán ahora es populismo también, pero no es que el ayatola Khomeini lo inventó, ocurrió que había un clero desconsiderado y hostilizado por el Sha, y una baja clase media tradicional empobrecida y amenazada por el desarrollo económico, y ahí se formó un caldo de cultivo y emergió un fanático cualquiera, no importa cuál. Una vez que emergió –alguno tiene que emerger dadas las condiciones– la gente cree que es un genio y que él creó el movimiento, pero no lo creó él. Muchos también creen que al peronismo lo creó Perón, pero no lo creó él, lo crearon las condiciones estructurales argentinas; yo en esto soy muy estructuralista. El kirchnerismo no es una invención de Néstor Kirchner, es un resultado emergente de la evolución del peronismo. Lo mismo en Cuba. Al fidelismo lo pongo dentro del populismo, lo cual no quiere decir que es todo igual, los populismos pueden ir desde la derecha a la izquierda, pero con esa característica común del verticalismo. Las dos primeras presidencias de Perón tenían formalidades constitucionales, pero de hecho no había libertades públicas.

P: A veces usted utiliza la expresión bonapartismo como sinónimo de populismo.

R: Toda la tradición marxista habla de los populismos como bonapartismo, lo mismo da, no es cuestión de pelearse por palabras. Marx, por ejemplo, analiza el bonapartismo de Luis Napoleón, pero no realiza ningún análisis “marxista” sobre qué es lo que hace emerger una elite bonapartista

contraria a la derecha clásica, la de los liberales y los conservadores (orleanistas y legitimistas, burgueses y terratenientes). Marx pensaba que cuando el sistema capitalista está por liquidarse, genera un personaje cualquiera que engaña a las masas. Marx identifica a ciertos grupos de donde emerge la elite anti *status quo*, pero no le da suficiente importancia a analizar el contexto social de las élites que generan un Bonaparte; él considera que la crisis del capitalismo hace que emerja un líder popular que moviliza y frena a las masas; de dónde sale eso no importa, es la crisis del capitalismo... En Lenin ocurre lo mismo. Su trabajo *¿Qué hacer?* es muy importante pero muy antimarxista, una total negación de la teoría marxista, porque Lenin considera que lo más relevante es el partido revolucionario, lo cual es razonable, ¿pero de dónde sale ese partido? Sobre eso no dice nada, y termina siendo muy voluntarista, exhortativo.

P: En esta línea de conceptos que le estamos mencionando ¿forma parte de este conjunto interpretativo la idea de *empate* que después fue tomada por otros, como el concepto de empate hegemónico?, ¿cuál es la idea original del empate?

R: Yo había leído un libro muy interesante de un marxista austríaco, Adolf Sturmthal, sobre *La tragedia del movimiento obrero*. El movimiento obrero en los años veinte y treinta era muy fuerte, amenazante, pero no era capaz de llegar al poder, aunque bloqueaba las iniciativas de los demás. Había un empate social que fue desempatado por el nazismo. Me pareció que también en la Argentina había algo parecido, el movimiento obrero popular era muy fuerte y amenazante, pero no llega al poder, o lo hace en alianza con otros sectores, a través del peronismo. El empate no es entre conservadores y liberales, o entre peronistas y radicales, sino entre la derecha y el sector popular, la derecha representada por gente de dinero que no tienen un partido fuerte pero usan a los radicales, y además están metidos dentro del peronismo. En la democracia burguesa hay un equilibrio político, entre izquierda y derecha, que se parece al concepto corporativista, o neo corporativista, como lo llama Philippe Schmitter. El corporativismo, de raíces católicas y aún liberales, es bien anterior al fascismo. Su idea es que con elecciones tipo “un hombre-una mujer-un voto” siempre ganarían los sectores populares, y derribarían al régimen de la propiedad privada, aunque sin ser capaces de establecer una alternativa

sólida. Entonces era mejor legitimar la relación de fuerzas realmente existente, “una corporación-un voto”, dando a la clase obrera un tercio o algo así del poder. Eso lo dice Durkheim en 1902, en su Introducción de 1902 al libro *La división del trabajo*. En las democracias realmente existentes hay de hecho un equilibrio entre derecha e izquierda que es casi de tipo corporativo, o neocorporativo, a través de fuertes partidos de derecha que compensan la condición minoritaria de las clases poseedoras.

P: ¿Esta idea del empate fue una temprana idea suya?; ¿en relación con ella elabora la idea de populismo, o ambas flotan al mismo tiempo?

R: Más o menos, la idea del empate vino antes, y la del populismo a mí siempre me interesó, pero mi artículo básico sobre eso es del año '65. En el año '62, con el golpe, yo escribí un artículo que salió en *Cuadernos Americanos* sobre la crisis argentina, con la caída de Frondizi. Ahí observé la falta de un partido conservador fuerte en Argentina, lo que es obvio, pero menos obvia fue mi conclusión: “qué lástima que no lo haya”. Si hubiera un partido conservador presentable la derecha económica y social, que ella sí existe, se sentiría más protegida, y menos orientada al golpismo. En las democracias burguesas realmente existentes las elecciones protegen a la burguesía.

P: Volvemos al '62, a la caída de Frondizi y a por qué no había un partido conservador, ¿usted ya pensaba en términos del papel político de las FF.AA. como reemplazo de ese partido conservador? Porque después viene el golpe grande que es el del '66, ¿cómo pensaba usted eso?

R: Ya en el año '62, como le dije, empecé a pensar que la ausencia de un partido conservador facilitaba el golpismo de la derecha. Años después se me prendió la lamparita. ¿Cuál es la diferencia entre Chile y la Argentina? El impacto del fenómeno inmigratorio en la Argentina es lo que la diferencia de Chile, y también de Europa. Porque en la Argentina por décadas hubo un 30% de extranjeros sin ciudadanía, y en la burguesía un 70%. En Chile nunca hubo más que un 5% de extranjeros. Entonces la clase obrera chilena es chilena, la burguesía chilena es chilena, en Brasil también, sólo un 5%. El estado y ciudad de San Pablo son otra cosa, más parecida a Buenos Aires, pero no son un país independiente. En la Argentina inmigratoria no podía

haber un partido liberal-burgués, porque no tenía. Bartolomé Mitre intentó hacer algo parecido, y lo mismo Bernardo de Irigoyen, y más tarde los anti-personalistas, pero sin mucho éxito. El impacto inmigratorio también es el que debilita al Partido Socialista ¿En La Boca quién votaba? Casi nadie votaba porque eran en su enorme mayoría extranjeros, y Palacios ganó porque hizo una alianza con un sector burgués. Lo que pasa es que el ambiente que había en La Boca sí era muy socialista, eran gente que estaba en los sindicatos, en grupos culturales y educativos. Los sectores populares no tomaban la ciudadanía porque no querían, la oligarquía tampoco lo deseaba, pero no era omnipotente, tampoco la burguesía lo quería, y a ella no la hubieran podido frenar. Entonces, en Chile había un partido conservador y otro liberal, después se formó el radicalismo con la clase media, y luego el socialismo. Acá no hubo partido liberal burgués importante, aunque hubo intentos desde el radicalismo, el alvearismo era un poco eso, pero son fenómenos sin fuerza y entonces el conservadorismo también quedó sin fuerza. El hecho es que en la Argentina, contra el régimen no hubo un partido liberal que fuera opositor fuerte pero moderado, sino que hubo un partido radical, que no era suficientemente moderado porque no tenía bases en la burguesía. Esto a muchos no les gusta: ¿cómo que el radicalismo es radicalizado? Sí, es radicalizado para la época ¿Por qué? Porque era un partido popular, demasiado popular para lo que podía aguantar el sistema, porque no tenía el freno que da la burguesía en un partido realmente liberal. Por supuesto que tenía elementos liberales, pero no con suficiente arraigo. La burguesía urbana, muy mayoritariamente extranjera, estaba haciendo negocios, tenía poco que ver con la política.

P: Lo que usted dice es que el radicalismo era verbalmente radicalizado . . .

R: No sólo era verbalmente radicalizado, sino que realmente expresaba una ola popular que no estaba frenada por una burguesía en su propio seno, como hubiera ocurrido si fuera un partido liberal. Es un partido popular, bastante agitaciónista, desde ya en la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen, pero tampoco era socialista ni laborista.

P: ¿Eso lo va elaborando en los años sesenta, sobre todo en la segunda mitad de los sesenta? De esa época es su artículo "Stalemate or coexistence in Argentina" (1968), en un libro compilado por James Petras y Maurice Zeitlin,

Latin America: Reform or Revolution. (1968), que es citado como uno de los antecedentes del “empate hegemónico” por Juan Carlos Portantiero en un artículo clásico del año ’73, que hace referencia a su artículo sobre el “stalemate” argentino⁴.

R: Sí, y además en algún momento publiqué un artículo en *Desarrollo Económico* que se llama “La búsqueda de la fórmula política argentina” (1972)

P: ¿Durante el onganiato usted se quedó en la Facultad?

R: Al principio sí, y me cubrí de oprobio ante los renunciistas, una minoría salvo en Ciencias Sociales y en Exactas. Al Gobierno le venía bien que se fueran todos esos “zurdos”, sólo lamentaba lo de Exactas, porque ellos podrían ayudar al desarrollo militar y tecnológico. Yo les decía a los renunciistas (muy apoyados por el liberal-progresismo internacional, o sea las universidades y fundaciones norteamericanas) “si ustedes quieren irse porque tienen trabajo allá y acá no lo van a conseguir, o los van a echar, váyanse, no los critico pero tampoco me critiquen a mí si yo me quedo para seguir haciendo lo que estoy haciendo”. Me respondían que al quedarme legitimaba al régimen, lo cual era cierto sólo parcialmente. Junto conmigo se quedó bastante gente de izquierda, como Miguel Murmis, Lito Marín, Inés Eizaguirre, Silvia Sigal, que querían hacer la revolución desde adentro, y otros que estaban más en la mía, como Manuel Mora y Araujo.

P: ¿Y hasta cuándo duraron?

R: Nosotros seguimos después del golpe hasta fin del año 1968, y yo en enero me fui a los Estados Unidos, donde me habían invitado por un semestre, y me quedé nueve meses. Yo pensaba volver, pero pasados cinco o seis meses mis amigos me dijeron que habían echado a mucha gente, y ahora era inútil quedarse, y ahí sí renuncié. Yo después fui a Brasil, como experto de la UNESCO, en un puesto muy bueno, muy bien pagado. Estuve un año muy interesante para mí, viajé mucho por el interior del país. Y después me ofrecieron un trabajo en Inglaterra, parte del tiempo en Londres y parte en

⁴ Literalmente, ahogo del rey en ajedrez, estancamiento, punto muerto, parálisis (N. de R.).

Oxford, y en el '71 me volví. Ya había una situación muy mala de la SIAM, que en el '71 fue tomada por el Estado. Guido estaba negociando, sin éxito. A todo esto el Instituto Di Tella andaba tecleando, aunque había recibido un subsidio grande de la Fundación Ford, pero no se mantenía con eso, sino con los ingresos de la SIAM, que faltaron. Fue necesario venderle al Estado toda la colección de cuadros que nosotros –en un momento de locura juvenil– habíamos donado al Instituto. Si no lo hubiéramos hecho estarían acá colgados, en esta casa o en las de nuestros hijos, pero el Instituto, y por lo tanto la Universidad, no existirían.

P: Pero además ese momento era un período de agitación y conflictividad terrible, usted regresa al país después del Cordobazo, del asesinato a Aramburu...

R: Yo había renunciado a la Universidad de Buenos Aires y al CONICET ya en el año '67. Después quedé boyando en el aire y en el exterior, hasta que en el '71 vuelvo y comienzo a participar un poco más del Instituto, ocupándome un poco de la situación patrimonial nuestra, y callándome la boca en algunas cosas. Yo pensaba que era bueno quedarse y hacer algo, por ejemplo, sacábamos todavía la Revista del Centro de Sociología. Ahí estuvo la idea entre los colegas de hacer un seminario sobre el pensamiento social del siglo XVIII, porque varios estaban influidos un poco por la escuela escocesa y yo elegí a Edmund Burke, lo leí muy a fondo, me parecían muy interesantes sus planteos, aunque sin compartirlos. Pero al mismo tiempo (de Lanusse) publiqué un artículo sobre Marx y las clases sociales, un análisis crítico de su pensamiento. Yo considero que la existencia de clases sociales no depende en última instancia de la propiedad sino de la división jerárquica del trabajo, que a su vez se consolida con la propiedad privada, pero puede hacerlo también con la burocracia. O sea que aun donde no hay propiedad privada, igual hay clases sociales. Eso es algo que a la izquierda le disgusta, porque quiere decir que en la Unión Soviética o en Cuba hay clases sociales. No son meros “estratos”, “capas” o “categorías”, como dicen los bienpensantes del marxismo mal asimilado, son clases con todas las consecuencias de la existencia de clases sociales.

Bueno, entonces viene la vuelta de Perón, Guido estaba ya muy metido en el peronismo, yo me venía acercando pero sin ser miembro para nada. Cuando

Perón volvió y se hizo la elección, yo voté en blanco. En la elección previa, de Cámpora, yo estaba en el extranjero y no pude votar, yo hubiera votado por Cámpora. Pero en la de Perón voté en blanco, cosa que no me gusta hacer y nunca hice aparte de ese caso. Había grupos socialistas, uno muy ghioldista y otro muy de izquierda, y no me gustaban, entonces no quise elegir a ninguno de los dos. Voté en blanco, pero desde que salí de casa hasta que llegué a la urna cambié de idea dos o tres veces. En esos años de radicalización y “cátedras nacionales”, nunca me ofrecieron volver a la Universidad de Buenos Aires, yo no existía para ellos, aparte de ser considerado reaccionario por ser socialdemócrata antes de tiempo.

P: ¿Y cómo sobrevivía entonces, a que se dedicaba?

R: Estamos hablando del '73, '74, yo un tiempo enseñé en la FLACSO y andaba suelto, no tenía un empleo fijo, estaba en mi casa, escribía, en el Instituto Di Tella tenía alguna influencia, no mucha, y no era investigador de ahí. El trabajo con Ezequiel Gallo y Oscar Cornblit lo habíamos terminado. Germani ya se había ido del país, yo mantenía una buena relación con él, le aguantaba los desplantes, porque lo apreciaba... Después del '76, Guido tuvo que exiliarse, el día del golpe vinieron a la madrugada a su casa. Le decían, apuntando con la ametralladora, “devolvé todos los dólares que te robase”, como suponiendo que si los hubiera robado los iba a tener guardados en la casa. Le pegaron un tiro de costado para amedrentarlo, inclusive le pasaron un poco de picana de bajo voltaje. Yo llegué algo más tarde, y me dijeron que estaba detenido por delincuencia económica. Yo contentísimo, andá a demostrarlo, lo grave era la delincuencia ideológica. Yo en un momento me asusté un poco, cuando aparte de ponerme la capucha, más tarde me sacaron las esposas de hierro y me pusieron unas de una cosa biodegradable... pero bueno, no pasó nada, nos llevaron al barco.

P: ¿Estuvieron los dos detenidos?

R: Sí, en el barco estuvimos los dos por un día, lo buscaban a Guido, pero como yo estaba en su casa me llevaron a mí también. Luego hubo gestiones de un amigo nuestro, democristiano de izquierda, Augusto Conte, cuyo hijo luego fue desaparecido, pero él era amigo del ministro de economía Martínez

de Hoz, de cuando todos estaban en la Democracia Cristiana, y éste le dijo a la Junta “Si a Guido se lo acusa de algo, hay que demostrarlo, de lo contrario tiene que quedar en libertad”, y quedó en libertad.

P: ¿Y Guido se fue del país?

R: Sí, se fue porque seguía amenazado y lo mismo uno de sus hijos. Estuvo en Uruguay por unos meses, después se fue a Oxford donde tenía unos amigos y se quedó varios años, lo trataron muy bien.

P: ¿Y usted?

R: Yo estaba en Buenos Aires haciendo *low profile*; mucho más *low profile* que la otra vez. Yo participé mucho más que antes en el Instituto. Había otras personas, como Roberto Cortés Conde, que era Director, pero yo pensaba que en esa época se necesitaba una presencia del grupo fundador. Tenía que quedarme; incluso para manejar las cosas patrimoniales nuestras. Yo no hacía activismo político, me callaba la boca, publicaba algunas cosas, siempre me pareció importante quedarse sin por eso criticar a los exiliados.

P: ¿Y el Instituto siguió teniendo funcionamiento regular?

R: Sí, tenía funcionamiento. Los primeros días hubo unos ataques, unas ráfagas contra algunos de los edificios, pero después sí sobrevivió, sobrevivió haciendo buena letra.

P: ¿De los investigadores del área de ciencias sociales quiénes quedaban?

R: Cortés Conde, estaba Ezequiel Gallo, estaba Oscar Cornblit, Emilio de Ipola, el arquitecto Hardoy entre otros.

P: ¿Emilio de Ipola estuvo preso durante la dictadura?

R: Sí, estuvo preso al principio, pero no mucho tiempo. Y en economía casi todos se quedaron, eran casi todos cepalinos, y en sociología, ahora no recuerdo muy bien, pero habrá quedado gente como Ruth Sautú, Catalina

Wainerman, Darío Cantón, algunos habrán emigrado y otros no. Yo pensaba que era conveniente mantenerse aquí, esperando que pasara un poco el chubasco. Ahí me seguía preguntando ¿Cómo puede pasar? ¿Cómo puede pasar?... Me acuerdo que años antes, durante la época de Onganía, en una casa que yo tenía en Berkeley, me estaba visitando José Luis Romero, y también estaba Eduardo Galeano, el autor de *Las venas abiertas de América Latina*. Entonces yo, que estaba analizando el rol conservador de Charles de Gaulle, les pregunté si pensaban que Onganía podía convertirse en el De Gaulle argentino. Yo creía que podía, hasta pensaba ojalá, porque De Gaulle también llegó por un golpe de Estado y con un grupo extremista de derecha, que después lo liquidó a ese grupo y normalizó el país. Pero lo que hizo De Gaulle es que unificó a todos los grupúsculos de derecha y muchos de centro que había desperdigados, los juntó en un partido, en realidad en dos partidos aliados, ésa fue la gran transformación que hizo. Galeano se enojó, me miraba con mala cara “¿estás considerando que ese hijo de puta puede ser un De Gaulle?”. Porque a mí me daba vueltas mi teoría acerca de por qué no hay un partido conservador en la Argentina. La respuesta que en general se daba era muy simple: “porque la clase alta son unos hijos de puta”. ¿Por qué los militares argentinos se pelean todo el tiempo a diferencia de los de Chile o Brasil? “Porque son unos hijos de puta”. Ninguno de estos planteos es demasiado marxista, ni siquiera sociológico. Lo que hay que ver es cuáles son los factores sociales que intervienen y que hacen la diferencia entre unos países y otros. Yo pensaba –en realidad deseaba– que Onganía cumpliera un rol semejante, aunque nunca lo apoyé. Con los del '76 nunca pensé que podrían cumplir ese papel.

Durante este período viajé bastante al exterior, me invitaron un par de veces como profesor en Columbia y en Stanford, pero básicamente estando acá, escribiendo y ocupándome del Instituto.

P: Volviendo atrás, había cierta idea de que un golpe como el de Onganía podía romper el “empate”...

R: Sí. Estaba entre otras la idea de David Apter, muy amigo mío, para quien las primeras etapas de desarrollo, capitalista o socialista, necesitan de una dictadura, bastante difundida en muchos ámbitos norteamericanos, incluidos marxistas. Para el marxismo se necesita la dictadura, temporaria o de

varias décadas como luego ocurrió, tras la revolución. Estos otros la pensaban sin revolución. Entonces la idea era ésa. Y no sólo en las primeras etapas, tipo Ghana o Egipto, sino que en las de “profundización” del desarrollo también sería necesaria la dictadura, porque si no, la clase obrera, en un país bastante desarrollado, exagera en sus demandas, entonces hay que reprimir, porque es incompatible esa libertad y activismo de la clase obrera con el desarrollo capitalista. Por supuesto que algunas de estas interpretaciones fueron utilizadas como justificación del onganato. Pero cundió la idea, en ámbitos progresistas, no siempre explícita, de que tanto iría el cántaro a la fuente que al final se rompería, o sea que tras la seguidilla de redemocratizaciones y nuevos golpes se generarían condiciones revolucionarias. La suposición, de base lipsetiana, de que si de todos modos se consolidaba un crecimiento económico, éste terminaría por generar condiciones de democratización, como ocurrió en Chile y en Brasil, era condenada. Pero en Brasil Lula es hijo de las condiciones económicas creadas por la dictadura, que hizo una gran transformación industrial en ese país, en la Argentina no. También en Corea del Sur, Taiwán, Singapur, ha habido dictaduras desarrollistas exitosas, pero después de todo ese proceso de crecimiento se democratizaron, porque esos regímenes sin quererlo cavaron su propia tumba, pero la tumba es la del régimen dictatorial, no la del régimen capitalista burgués que han creado. Lo cual por supuesto no justifica nada, pero ayuda a entender lo que ha ocurrido, y a preguntarse por qué no ha pasado en la Argentina. Mis críticos –para quienes Lipset es la bestia negra– me preguntan, irónicamente, “¿entonces usted piensa que China se va democratizar”, como si eso fuera absurdo. Sí, en el fondo pienso eso. ¿Cuándo? Ah, no sé, a lo mejor tarda mucho. Yo lo que creo es que el desarrollo económico favorece a la democratización, pero no es un resultado inmediato.

P: La dictadura como una fase transitoria de disciplinamiento social...

R: No sólo de disciplinamiento, en Suecia también hay disciplinamiento, pero por otros métodos

P: ¿En qué medida participó de los debates que se hicieron –más afuera que adentro del país– sobre la transición democrática? ¿Qué recuerda de ese período y de su relación con los exiliados?

R: Yo participaba a nivel internacional de debates, en algunos de los cuales estaban los exiliados, argentinos o latinoamericanos. Sin embargo yo no tenía una relación muy estrecha, por ejemplo, con los de México, que habían sido en gran parte simpatizantes de los montoneros o del maoísmo, yo los respetaba personalmente, pero un poco me irritaban. Habían creído que el peronismo, por estar basado en la clase obrera, tenía que ser revolucionario, cosa totalmente equivocada. Después todos se reciclaron, se convirtieron en socialdemócratas, bueno, bienvenidos al clan. Pero respecto del peronismo son como el que se quemó con leche y llora cuando ve una vaca. Una vez, en tiempos de Alfonsín, en el Club de Cultura Socialista, donde estaban muchos de ellos, que son la sal de la tierra pero a veces se equivocan, hablé sobre mi posición favorable a colaborar con el peronismo. Me escucharon con un poco de impaciencia, y me dejaron entender que esa película ya la habían visto. Yo en el año '83 voté para presidente a Guillermo Estévez Boero, del Partido Socialista Popular, que había dicho que en la segunda vuelta iba a apoyar a los peronistas, a pesar de Herminio Iglesias.

P: ¿De aquellos años, especialmente qué trabajos recuerda, en qué se concentró en particular durante los años de la dictadura?

R: Yo seguía estudiando la temática latinoamericana, con una fuerte orientación histórica, y desde ya comparativa. Terminé mi *Sociología de los procesos políticos*, publicada en el año '84. Estuve en Texas dos veces enseñando, y trabajando sobre México en la primera mitad del siglo XIX, y me fasciné con ese período porque más y más lo veía y más se parecía a la Argentina, a la Argentina de hoy, no de aquella época. Allá había un caos total, había una derecha populista, que al mismo tiempo había hecho una alianza con la extrema izquierda, lo que me recordaba al balcón del 25 de mayo de 1973, con Héctor Cámpora rodeado por Salvador Allende, Osvaldo Dorticós y José López Rega, con todos los grupos guerrilleros bailando en la Plaza y los sindicalistas mascullando rabia. Además, como siempre me interesaron las rebeliones populares primitivas (emparentadas con el populismo), estudié mucho la revolución de esclavos en Haití de fines del siglo XVIII. Lo de México se cristalizó en un libro para mí importante, aunque a un argentino escribiendo sobre México nadie lo toma en serio, pero ya está, el libro anda por ahí. En cuanto a la *Sociología de los procesos políticos*, ésa es mi contribución teórica principal, la publiqué en los primeros años de la democracia.

P: ¿Esa ya es la época que usted trabajó en el Ciclo Básico Común (CBC) de la Universidad de Buenos Aires?

R: Claro, cuando regresa la democracia, en el '84, Francisco Delich me convoca para trabajar ahí.

P: En los años de la dictadura, ¿qué vinculación o diálogos intelectuales tenía con otros grupos, ya sea con el de FLACSO-Chile, con los grupos que estaban en México, con CLACSO, donde estaba Delich, que justamente eran los promotores del diálogo democrático?

R: Yo trabajé en FLACSO-Buenos Aires, estaba Carlos Strasser, Eugenio Kvaternick, Isidoro Cheresky, Delich, y me veía con sociólogos e historiadores, como Manolo Mora y Araujo y Carlos Escudé, y toda la gente del Di Tella.

P: En los últimos años de la dictadura Delich comenzó a editar la revista *Crítica y Utopía*, centrada en los desafíos de lo que ya comenzaba a llamarse la transición democrática...

R: Sí, yo escribí una cosa, pero sin que eso significara que había en el grupo de *Crítica y Utopía* gente que podía querer tener entendimientos con grupos moderados de la dictadura, cosa que en cambio ocurrió en Brasil y en Chile. En Brasil gente amiga mía, como Hélio Jaguaribe, colaboró como asesor en tiempos del general Geisel. Lo de *Crítica y Utopía* era distinto, porque la gente de izquierda en general no se animaba a analizar la transición, porque cualquier cosa que implicara una transición, sin condenar al régimen, era mal vista.

P: Muchos sectores intelectuales que habían tenido en los '60/70 una visión de la política más enraizada con lo estructural, en los años '80 uno puede decir que se pasan al otro lado, e incurren en cierta "ilusión politicista", o sea dando primacía a factores superestructurales. Pero usted, aunque antes no dejaba de ver la dimensión propia de la política, luego nunca abandonó una mirada de la política vinculada con las clases y con la estructura social...

R: Sí, porque yo siempre consideré que un análisis que le dé centralidad a las clases sociales es lo importante y lo más válido de la construcción

marxista. Lo equivocado de Marx es que él pensaba que eso iba a conducir a una revolución que no se produjo, pero que ocurrió en lugares inesperados. Yo siempre estuve muy influenciado por la tradición marxista; aunque no me definiría como marxista. Le doy mucha importancia a las clases, pero soy revisionista, reformista, economicista, todo lo que Lenin condenaba.

P: Bueno, todo eso mezclado con una pizca de liberalismo...

R: Claro, por supuesto, más que una pizca. Básicamente la socialdemocracia tipo Karl Kautsky, Eduard Bernstein o Juan B. Justo tiene muchos elementos del liberalismo. La socialdemocracia europea convive y colabora con las burguesías locales de allá. Acá en América Latina el socialismo debe colaborar críticamente con el populismo.

P: Es difícil pedirle una síntesis, pero después de estos 25 años de democracia, podría decirse que hay ciertos nudos históricos que permanecen y otros que se han desatado. ¿Cómo podría resumir su visión sobre la democracia argentina hoy?

R: La democratización ha sido exitosa, porque se ha mantenido. En parte es porque dada la coyuntura internacional, los EE.UU. ya desde hace tiempo no apoyan los golpes como hacían antes. Por supuesto que quedan muchas materias pendientes. Ha habido gobiernos buenos y malos, pero no se gana nada con demonizarlos. El de Menem fue malo, pero hizo cosas necesarias como parar la inflación. Los partidos políticos se han fragmentado como nunca antes, lo que en sí es malo para la estabilidad institucional, pero puede ser la ocasión para reagruparlos con criterios pragmáticos. El proyecto de Néstor Kirchner me pareció muy positivo, por eso colaboré con él, como “transversal” pero crítico de los transversales exaltados que querían que se rompiera con los dinosaurios del PJ. Eso hubiera sido suicida, aunque un poco se puede ralea sus filas, sin entrar en una vía que sólo podría llevar a un Frepaso. Yo venía diciendo desde hacía mucho en diversos ambientes que había que ir a una convergencia entre un peronismo reciclado y una izquierda democrática también reciclada—que bastante lo necesita— eso se estaba dando. Y yo, sin representar políticamente a nadie, participé en la campaña y luego les dije que no quería ocupar cargo alguno, porque yo no

soy bueno para eso, cosa que después se demostró. El peronismo ahora está muy renovado respecto de lo que era en el pasado, se ha liberado de su tradición autoritaria y luego de su etapa neoliberal. Ahora es un movimiento popular parecido al Demócrata norteamericano, con tendencias inevitables aunque por supuesto no inmediatas hacia el modelo socialdemócrata (el real y en constante evolución, incluyendo la llamada “Tercera Vía”, no el imaginario), sin tanto culto a la personalidad. Algo de esto queda pero no tanto. En cualquier país hay líderes y la gente de su bando los respeta en cierta medida. En Inglaterra al jefe de la bancada se le da el nombre de “whip” (látigo), instrumento que aplica para que los diputados voten por lo que quieren los dirigentes. Chile tiene un sistema más orgánico que el nuestro de partidos políticos, que el matrimonio presidencial dice que quiere llegar a emular. Lo que no siempre se dan cuenta es que allá del otro lado hay una derecha fuerte. El que quiere una cosa tiene que pagar el costo de soportar la otra... y de que alguna vez ella gane. En Brasil es también probable que al finalizar Lula su mandato gane el centroderecha, todo lo cual es lamentable pero no dramático. Para evitar un traspie semejante en la Argentina, especialmente dado el panorama resultante de las elecciones legislativas de junio de 2009, hay que replantear las estrategias y prepararse para colaborar con grupos con los cuales puede haber habido antes enfrentamientos, incluso serios, como ocurrió en Chile entre democristianos y socialistas. Si el peronismo logra superar su creencia de ser el único representante genuino del pueblo, y la izquierda controla su excesiva intolerancia ideológica, una convergencia entre estas fuerzas, aliadas aunque no sea por el amor sino por el horror, puede hacerse realidad.